



Tres primos



llegados recientemente de provincias que, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de sin siquiera aguardar a ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad, **lo primero que hicieron fue pelearse** sin, en contra de lo que otros afirmarían en su momento y en su día, prestar la menor atención a las instrucciones recibidas en lo referente al corazón de la abuela ni a la forma correcta de manipularlo para que no se rompiera el orden secuencial de los acontecimientos que venían sucediéndose desde el día en que una niña de la clase de la señorita Marcela estuvo leyendo a sus compañeras en el recreo unos documentos que debían de ser muy antiguos porque dijo que los había encontrado entre unas tibias un tío suyo que era explorador y habrían, si nada se torcía, de desembocar en una historia y una identidad que Alicia podría confeccionar si no a su antojo sí por lo menos a medida y bien sentada (la historia) o perfectamente definida (la identidad) salvo que no se aviniesen — y se daba ella cuenta de que con esa posibilidad se debe contar siempre “habida cuenta¹ de lo borrega que puede ser la gente”— ni la una ni la otra² a lo que a ella personalmente más le gustase o, si algo se torcía (posibilidad que no debe jamás desecharse por impensable), en algo que bien³ podría suceder en algún archivo que debería, para que las cuentas cuadrasen y Benilde⁴ no se disgustara, enlazar desde (o de retroceso a):



Tripitacas



llegados recientemente de provincias, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de — sin siquiera aguardar a ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad — secundar el ambicioso proyecto, que llevado de su ciudad tenía el innegable honor de haber suscitado Felipe el Tercero, ofreciéndome a vosotros, de verdad y con el corazón en la mano un lo deciros, que podéis entender lo que queráis porque estamos dispuestos a lo que haga falta.

Que se vea claramente — a lo vez al menos y con el alma en vilo una Genoveva temerosa de que aquellos mocicos ignorantes de que las cosas hay que hacerlas con método y circunspección, además, de que era ella, tirarse, de un sólo golpe pero certero, literalmente a la basura la ardua labor a la que llevaban ellos y sus maestros o agiles sacrificando gustosa su existencia — que en verdad lo decían con el corazón en la mano, el mayor sobre todo y en concreto, que lo había engido de encima de la cómoda y, la abuela. «Pero quédrado que me lo us a romper», pasándole el chico de una mano a la otra; su eni corazón de Jesús de todo lo santo y de porcelana adentro, que era.

Porque Genoveva era, aparte de como el tío Emiliano tan comedido no hubiese dicho jamás salvo por boca de Genoveva, puchero Genoveva la pedía, la encargada de mantener en orden y vigilancia, rigurosamente asegurada — que se lo habría dicho el tío Emiliano — no ya sólo nuestra historia de genes acostumbradas a moverse con soltura por las calles malolientes y con sus sacras y sus cocheras y sus literos luminosos de nuestras ciudades, a pasear vive por lo general y sabiendo cada cual dónde iba, sino las historias — de otras genes desmilitando a oscuras por populonas urbanas muy lejanas, secadas de genes tan perdidas y sin tener a quien pedir que aunque fuese con unas indicaciones muy oscuras las orientasen hacia alguna parte — que solían desembocar en finales felices cuando, al encontrarse nuevamente y abrazarse unos con otros embargados por el júbilo aunque estuvieran bañados y de polvo o barro hasta las cejas, se acomodaba Teresa por la ventana de la cocina dando voces de que hicieran el favor de entrar y lavarse las manos porque la cema se empezaba a quedar fría.

¹ Le dijo a la hermana (o sólo lo pensó).

² Ni en su fondo ni en su forma ni en sus aderezos ni en el fin al que fueran a ser destinadas.

³ O mal, si los hados adversos decidieran que se tratara de un suceso desgraciado.

⁴ O Marcela o Violeta u Oriana.

Tres primos

“que ya lleva esta casilla y este distintivo — diría, no importa cuál de las cuatro —, de manera que aquí habría que quitarlo y poner otro”⁵ y, en eso, no habría argumento lo bastante sólido como para quitarles la razón, ni en grupo ni de una en una y dependiendo, eso siempre, de su antigüedad en el cargo y de los derechos adquiridos en virtud⁶ de sus respectivos méritos.



⁵ Sin olvidarse de añadir **el comentario** de que albergaba — y no importa que fuese Benilde o Violeta o Marcela u Oriana — muy serias dudas de que hubiese “entre este desastre de **alumnado que** — por algo merecedor de castigo, suponía ella, que hubiera hecho en una vida anterior — **me ha caído en suerte**” alguien capaz de encontrar una buena solución al problema.

⁶ Como no podría ser de otra manera.